LA BUSQUEDA DE LA CIUDAD DEL ORO EN LA CONQUISTA DE CORDOBA .- EN TORNO A UN LIBRO DEL INGENIERO ANIBAL MONTES.-

Córdoba, 6 de julio de 1955.-

Córdoba, 6 de Julio, 1955.

LA LEYENDA DE LOS CESARES

La Búsqueda de la Ciudad del oro en la Conquista de Córdoba ❖ En Torno a un Libro del Ing. Aníbal Montes

COINCIDENTE con la celebración del 382º aniversario de la fundación de Córdoba, ha sido puesto en circulación un libro del Ingº Aníbal Montes, el dinámico estudioso de nuestras cosas del pasado. Se titula "Las Sierras de San Luis" y lleva por subtítulos "Sus indígenas", sus conquistadores y la Leyenda de los Césares".

La parte referente a la famosa leyenda, que animó el espíritu aventurero de los capitanes de la Conquista y sus huestes, es precisamente la que coincide con uno de los motivos de la fundación de Córdoba y encuadra perfectamente en la concepción del artista, de Horacio Juárez, para ser más precisos, creador del quijotesco don Jerónimo Luis de Cabrera, plasmado en el monumento que se erige al fundador, enflaquecido en la tensión quimérica, en la lucha brava con la tierra virgen, quemado por los soles y la distancia, apoyado en la cruz de su espada, por su Dios y por su Rey.

Pero el libro de Montes no es un poema más a la leyenda de los Césares. A fuer de investigador pertinaz en búsqueda de la verdad ha ido levantando paso a paso los velos que cubrían el mito y ha llegado a la sorprendente conclusión de que la leyenda tuvo su fundamento de realidad.

* *

Históricamente es conocida la expedición, que por mandato de Gaboto, realizó el Capitán César y un puñado de hombres valerosos. Partió del Paraná, remontó el Carcarañá, rumbo al oeste y luego de varios meses retornó con un presente de oro y esmeraldas que habría encontrado en una fabulosa "ciudad". La noticia llegó a España en la misma forma que años antes Hernán Cortez hacia llegar las suyas desde Méjico, con los fantásticos presentes de Moctezuma.

* *

Algún día se ha de escribir la biografía del Capitán César, que pluralizó su nombre en sus soldados y entonces conoceremos la personalidad de este sembrador de quimeras que encendieron el espíritu de la aventura que pobló esta parte de América. El supo, indudablemente, la dimensión de su hallazgo en lo que después sería el suelo argentino, porque sino no habría atravesado, como lo hizo el suelo nuestro, a través del Chaco, de la cordillera de Los Andes y llegó al Perú, justamente cuando Pizarro terminaba de sacrificar a Atahualpa, enloquecido por el oro que le ofrecía para salvar su vida. César sabía que la ciudad de oro, plata y piedras preciosas, no era la de Linlín, Jungulo o de la Sal. Por el hilo sagaz de sus intuiciones, de sus investigaciones, fué desenvolviendo la madeja del misterio hasta llegar al Cuzco. Pero Pizarro le ganó de mano. Pizarro venía del Norte. Era discípulo de Cortez. Ante el fracaso, —es humano pensarlo así— mantuvo su leyenda. El que quisiera comprobarlo ahí estaban las 2.000 legua que él había recorrido. Punto de referencia, la Cruz del Sur. Y así fué cómo este sembrador de quimeras, encendió la ambición de los conquistadores que, desde el Perú, se dirigieron a las tierras ubicadas entre la Cordillera Nevada y el Mar del Norte que aún no tenían nombres: los Andes y el Atlántico.

* *

Pero volviendo al libro del ingeniero Montes, vemos que la "Leyenda de los Cisares" surgió de un hecho real, de la existencia efectiva en las serranías de nuestra actual provincia de San Luis, de un pueblo que había alcanzado cierto grado de cultura y estaba gobernado por un reyezuelo hospitalario que obsequió a sus visitantes españoles —los Césares— con ricos presentes en oro y esmeraldas, provenientes de sus minas. Y este no fué otro que el Curaca Jungulo, en la provincia de Conlara, y no son otras que las actuales minas de La Carolina y Cañada Honda, en las citadas sierras, de las cuales se llevaron a España muchos quintales de oro en las primeras décadas de su explotación y aun siguen produciendo.

Para ello el ingeniero Montes nos proporciona una importantísima documentación. Tanto los conquistadores que entraron desde el Perú por el hoy norte del territorio argentino, como los que vinieron costeando el Pacífico y cruzaron la cordillera, traían la ambición de encontrar la famosa tierra de los Césares. Menciona así a Diego de Rojas (1544-45), Francisco de Villagra (1552), Juffré (1562), Aguirre (1566), Cabrera (1573), Abrego (1578), Hernandarias de Saavedra (1604), Cabrera, el nieto del fundador de Córdoba (1622), etc.

* *

Sostiene el autor del trabajo que ha sido editado en la imprenta de nuestra Universidad con el auspicio del Instituto de Estudios Americanistas, que el secreto de las minas del Curaca fueron guardadas celosamente por los indígenas, sabedores de la codicia de los conquistadores, por espacio de más de dos siglos y medio, hasta que en tiempos del virrey Sobremonte (1785) fueron descubiertas.

Para entonces la leyenda de los Césares habían producido el milagro de hacer florecer a lo largo y ancho de Sud América pueblos que afianzaban su porvenir sobre bases sólidas y continuaron creciendo hasta ofrecer el magnífico espectáculo de hoy en el concierto universal del progreso.

Así como hoy se erige a don Jerónimo Luis de Cabrera el monumento que representa a los conquistadores de América en su físicamente magra figura pero titánicamente enormes de espíritu, llegará un día en que también se erija el del capitán César, que plasmó la quimera de esos conquistadores de nuestro suelo y produjo el milagro de nuestra realidad. — SERRANO DEL CHAMPAQUI.